

Una misión de compasión Entrada espiritual Voluntarios del Reino del Padre.

El mundo actual enfrenta numerosos desafíos, por eso el Santo Padre nos invita a rezar y a ser más conscientes de las consecuencias de las crisis en las que estamos inmersos, la económica, la causada por el terrorismo, la violencia contra el planeta, las persecuciones políticas y religiosas. Francisco nos llama a rezar y a movilizarnos, como seguidores de Jesús, para colaborar con su misión de compasión por el mundo, en la construcción de un mundo más fraterno y solidario. Nuestra disponibilidad apostólica a Su misión de compasión es la clave de nuestra misión.



Aun cuando el panorama mundial puede presentarse desolador, la crisis actual, no ha logrado apagar el anhelo profundo que existe en el ser humano, de que el mundo sea más digno, justo y fraterno para todos. El gran desafío que tenemos los seres humanos, creyentes o no, es encontrar caminos nuevos para hacer que la vida sea más humana, digna y sana. Y de esto se trata la misión de compasión, entusiasmarnos, vibrar, trabajar... en definitiva orar y movilizar nuestras vidas por los desafíos que nos propone el Santo Padre cada mes en sus intenciones de oración. Estos desafíos son el lugar de encarnación de la misión de Cristo para la Red Mundial de Oración. Allí, en las intenciones de oración del Papa, se concreta nuestra misión.

Debemos recuperar el entusiasmo por la misión de Cristo, la pasión por su Reino de Justicia y de Amor. Pero,



además, los seguidores de Jesús, no llevamos la misión adelante de cualquier modo, lo hacemos con el estilo de Jesús. Así, es el Camino del Corazón que nos ayuda a sintonizar con las actitudes y sentimientos de Jesús y salir al encuentro de los hermanos.

Del encuentro personal e irremplazable que tenemos con Él en la oración, brotarán de nuestro interior los sentimientos y las actitudes que movilizaron el Corazón de

Jesús cuando vio el sufrimiento de tanta gente. Él buscó ante todo que la existencia de las personas sea más digna, y propuso con su vida un estilo particular para que el mundo sea más justo. Acercándonos al Corazón de Jesús, nos acercamos también a sus sufrimientos y a sus sentimientos por todos. Por eso El Camino del Corazón que estamos recorriendo nos conduce a una misión de compasión por el mundo.

Necesitamos dejar que el Amor de Dios nos alcance y que las actitudes de Cristo nos marquen el estilo personal. De allí surgirá en nosotros el entusiasmar-nos por su causa o su misión concreta, la pasión por Su proyecto de vida más humana y dichosa para todos. El Amor del Señor nos forja Su estilo para Su misión.

El amor del Padre manifestado en Jesús no es teórico. Es un amor concreto en palabras, gestos y obras que debemos encarnar en nuestra vida en el lugar en el que se nos concreta la misión: los desafíos de la humanidad y de la misión de la Iglesia.

Seguidores del Resucitado

En la Iglesia, y conformando una Red Mundial de Oración, cada uno de nosotros es un apóstol de la oración, o como le gusta decir al papa Francisco, «discípulos misioneros». Colaboramos con Jesús en su misión, respondiendo al llamado particular que nos hace el Papa por medio de sus intenciones.

Cada mes el Santo Padre pide que movilizemos nuestro amor, para que no quede sólo en palabras o sentimientos epidérmicos. Nuestra manera de amar a Jesús debe reflejarse en gestos de compasión, solidaridad y misericordia con los demás. Nuestro amor en la Iglesia debe anunciar a Cristo. «La Iglesia ha de llevar a Jesús: este es el centro de la Iglesia. Si alguna vez sucediera que la Iglesia no lleva a Jesús, sería una Iglesia muerta» (Homilía Santa Marta, 7 de septiembre de 2013).

Él nos envió a que todos los pueblos sean sus discípulos (Evangelio de Mateo cap. 27, 19), por medio de acciones que expresen que el reino de Dios ya está entre nosotros. Nuestro modo de vivir en la sociedad actual debe ser una alternativa de estilo de vida, que construya relaciones más sanas y un mundo más justo y fraterno.

Si creyéramos un poco más en la fuerza del testimonio y el poder transformador que tienen nuestros gestos en el corazón de los demás, nos esforzaríamos para que el mundo siga creyendo que Jesús sigue vivo en medio nuestro. Nadie se convence que Cristo es Buena Noticia para el hombre por medio de discursos, tratados o documentos. Cuando las personas en el evangelio se encontraban con el Maestro, quedaban atraídos por Él, porque manifestaba interés auténtico y verdadero por sus vidas. ¿Cómo hemos de proceder nosotros? Revelando con nuestros gestos que el otro nos importa. Esta actitud es fruto de la oración y del encuentro personal con Jesús, que nos hace mirar a las personas con sus ojos.



El Papa Francisco ya ha repetido en varias ocasiones que «Quien no cree o no busca a Dios quizá no haya sentido esa inquietud porque le ha faltado un testimonio». Nuestra responsabilidad como discípulos misioneros es anunciar con nuestra vida, que Dios ama al hombre incondicionalmente. Y para que podamos expresar correctamente ese amor, debemos discernir bien qué gestos concretos hacen creíble ese amor, y cuáles no pertenecen al corazón del cristianismo.

Cada vez que nuestra compasión, solidaridad y misericordia alcanzan la vida de las personas, que se sienten excluidas de un sistema que descarta vidas, estamos haciendo presente el Reino de Dios. Cuando contribuimos a promover una sociedad más justa y fraterna, más sana, digna y solidaria, estamos anunciando que el proyecto del Padre es una realidad siempre presente.

Los cristianos debemos ser una alternativa creíble de que es posible vivir de manera más humana, y en una sociedad donde se construya una «cultura del encuentro». Nuestro estilo de vida debe ayudar a desterrar de la sociedad el crecimiento de la soledad, la incomunicación y el pragmatismo en las relaciones.

La invitación que nos hace el papa Francisco, cada mes, es rezar y movilizarnos juntos para hacer frente a los desafíos que tenemos por delante. Esta es la manera de sintonizar con el Corazón de Jesús, que no permaneció indiferente ante el sufrimiento de la humanidad. La actuación de Jesús fue siempre en provecho de una vida más saludable y fraterna para todos.

